

El Baroja que vuelve

Isabel de Armas

José-Carlos Mainer: *Pío Baroja. Españoles eminentes*, Editorial Taurus, Madrid, 2012.

Con la biografía que le ha dedicado a Pío Baroja el profesor José-Carlos Mainer, catedrático de Literatura española, especialista en literatura del siglo XX y coordinador de las *Obras Completas* del escritor vasco, la editorial Taurus, en colaboración con la Fundación Juan March, inicia la colección de biografías de *Españoles eminentes*. Para este proyecto editorial se ha escogido un pequeño pero representativo grupo de españoles, cuya biografía, por cualquier motivo, se juzgaba insuficiente. La obra encargada debía responder a la cuestión de por qué el hombre objeto de la biografía es eminente y si, a juicio de su autor, éste sigue siendo acreedor a este título en nuestros días, con el cambio de perspectiva que acompaña al paso del tiempo.

El presente trabajo reúne los muchos datos de una larga vida que ha sido contada otras veces y que el mismo biografiado narró en dos de sus momentos: pocos después de cumplir los cuarenta años y al entrar en la década de los setenta. «Pero más allá de datos, anécdotas y conjeturas –afirma el biógrafo–, este libro ha pretendido una interpretación coherente cuyos centros de referencia son la naturaleza de la imaginación barojiana y su concepción del oficio de escritor». Esta es la razón por la que este volumen arranca con un primer capítulo dedicado a la literatura de su personaje.

El profesor Mainer desarrolla su biografía en ocho capítulos: I. Una literatura del yo; II. Familia y primeras experiencias; III. El joven escritor; IV. La consolidación de un mundo personal (1902-1907); V. La plenitud vital (1908-1914); VI. La plenitud crítica (1914-1931); VII. Tiempo republicano; VIII. Un largo final. El epílogo está dedicado a la eminencia de Pío Baroja.

Desde que empieza a escribir, el individualismo es la nota dominante de la obra de Baroja, y así lo manifiesta: «El propósito

de sacar la literatura de su cauce natural individualista no es que me indigne, ni mucho menos; pero me parece una operación de magia un tanto misteriosa, cabalística e inútil... Yo, como escritor formado en las postrimerías del siglo XIX, soy uno de los individualistas, de los últimos ya, demasiado curioso de todo lo que es característico y pintoresco». Otra seña de identidad fundamental es su pacto con el lector. «Y es que, para Baroja –escribe Mainer–, la escritura trata siempre de buscar a su público y establecer con él un pacto de entendimiento común». Don Pío expresa así el terreno donde se asienta: «Usted y yo debemos de pertenecer al mismo grupo: yo no sabría darle un nombre adecuado y claro. Sería el grupo sentimental, agnóstico, irracionalista, antidogmático etc. Esa solidaridad con usted y con alguna que otra persona me hace persistir en mi trabajo». «El ideal literario de Baroja fue, en efecto –insiste su biógrafo–, una conversación ininterrumpida...». Siempre en diálogo con su lector.

El libro que comentamos da un completo repaso a los numerosos acercamientos biográficos a la persona y la obra del escritor vasco, «cuya bibliografía –puntualiza el autor–, por lo demás, anduvo por bastante tiempo huérfana de estudios memorables de carácter literario y todavía hoy tampoco está sobrada de ellos». Mainer cita como aportación clave *Los Baroja*, completo trabajo de su sobrino Julio Caro Baroja, en el que habla con acierto de su familia, compuesta de individualistas que seguían fieles a la tribu, a menudo iconoclastas pero también conservadores de lo que amaban. También apunta como importantes aportaciones las que el mismo Baroja narró en dos momentos de su vida ya citados. Tampoco Mainer echa al olvido la oscura y monumental autobiografía que es toda la obra barojiana. Finalmente, cita como documento clave, el discurso de Baroja con motivo de su ingreso en la Academia Española en mayo de 1935. Bajo el título *La formación psicológica de un escritor*, el novelista vasco se define tal cual es y ha sido. «A estas altura de su vida –escribe su biógrafo–, el escritor identificaba por sistema su obra y su vida». De él han dicho sus críticos a lo largo de los años que es crudo, agrio, ácido, con la dulzura de una manzana; antiburgués y antiplebeyo, que se permite descuidos fantasías y locuras que escandalizan a la sensatez media... De todos los escritores españoles es el que vive más lejos de toda cursilería.

Siguiendo de manera minuciosa la totalidad de sus escritos, el profesor Mainer va destapando el Baroja liberal y alérgico a la democracia; el antijudío; el colonialista; el misógino; el anarquista no partidario de la «acción directa»; el anticlerical; el pesimista creciente; el siempre pudoroso al contar historias de amor... Su biógrafo descubre que en edad todavía temprana, su personaje se manifiesta con toda su madurez: «Acababa de cumplir los treinta años –dice– y había expresado ya lo fundamental de su actitud ante la vida, por más que le esperaban todavía muchos momentos de plenitud artística».

Baroja fue tan individualista como independiente, hasta el punto que siempre se negó a reconocer la existencia de la Generación del 98, y menos aún que él formara parte de la misma. Los tres grupos generacionales que reconocía eran los de 1840, 1870 y 1900. Afirma que el primero fue una generación «retórica, petulante, superficial, muy convencida de su valor»; que su generación fue la de 1870, «lánguida y triste» pero también «más consciente que la anterior y más digna». Sus rasgos fueron «el individualismo, la preocupación ética y la preocupación por la justicia social, el hamletismo, el anarquismo y el misticismo». De los jóvenes de 1900, marcados en su primera adolescencia por la reciente guerra europea, asegura que no les va a ser fácil creer en utopías, pero que parecen tener «una alegría que no tuvieron sus padres ni sus abuelos».

En su larga y apesadumbrada vejez, Baroja sólo reclama «la aspiración al trabajo, a la pulcritud en las relaciones humanas, a la vida sencilla y a conseguir que el hombre pueda desarrollarse con serenidad y con el máximo de libertad, de justicia, de cultura y de benevolencia». Pero nunca deja de definirse como individualista y liberal. En diálogo con un imaginario interlocutor, como tantas veces hace, se expresa con rotundidad: «–Usted ha cambiado. –No, yo no he cambiado nada». Y después afirma que «yo ha sido siempre individualista y liberal. No he tenido nunca simpatía por la democracia y menos por el socialismo o el comunismo». En noviembre de 1941, expresa así su alicaído estado anímico: «Yo soy un hombre que podría decirse que es de corriente alterna. Tengo mis puntos muertos de pesimismo. Ahora estoy en uno de esos momentos de inercia. Hace frío, no

tengo que leer, ni gente con quien hablar y me contento con buscar una vía vegetativa y pasear sólo por el Retiro. Lo malo es que este estado se interrumpe por el insomnio o por el lumbago». En 1954, la última etapa de su vida, escribe en un emotivo texto titulado *Soledad*: «Ya para mí todo es pura nostalgia que empieza y acaba en ella misma y que no arrastra ni ambición ni ilusión, ni pretende realidades auténticas».

Baroja falleció el 30 de octubre de 1956. ¿Había entonces sobrados motivos para reconocer su eminencia? El autor de esta biografía reflexiona: «Y no era fácil que a Baroja se le otorgara el grado de «español eminente», sin muchas reservas, en la España que surgió de la guerra civil. Con la más cercana al catolicismo de la época tal cosa era imposible: estábamos en la época del pontífice Pío XII y de los obispos firmantes de la «Carta colectiva» del 1 de julio de 1937, acerca del sentido de la guerra civil, pero también con los convencidos por las condenas de las novelas barojianas».

Mainer apunta que en los años de la convalecencia claustral de España se mantuvo una pugna entre la negación y la simpatía muy matizada por la obra de Baroja, que se generalizó a todo el grupo de escritores de entonces. Por ejemplo, Julio Aparicio o Camilo J. Cela, ambos al servicio del Comisariado General de Investigación y Vigilancia, siempre dijeron cosas positivas de él, valorando su sinceridad y su fidelidad a él mismo. Entre los escritores exiliados de 1939, el autor de esta biografía afirma que «se ha tendido a evitar el hablar de Baroja», aunque hubo alguna excepción, tanto negativa como positiva. Por ejemplo, las opiniones de Ramón Gómez de la Serna o la de Ramón J. Sender, fueron negativas. Por el contrario, Max Aub le concedió elogios y méritos relevantes. El profesor Mainer destaca que con la llegada de 1980, el Baroja de los nuevos escritores se convirtió en un patrón idóneo para quienes buscaban una «nueva narratividad», variada y no críptica, cuyo intimismo de fondo no atenazara la acción. Cita los nombres y las obras, entre otros, de Eduardo Mendoza, Soledad Puértolas, Fernando Savater, Andrés Trapiello, Miguel Sánchez-Ostiz, Antonio Muñoz Molina..., y habla de ellos como «el elenco de los barojianos». Este optimista panorama le lleva a deducir que «es patente que la eminencia de

Baroja cuenta con un *quorum* relevante y un notable consenso afirmativo».

José-Carlos Mainer finaliza su riguroso y ameno trabajo intuendo que quizá la conquista más fecunda de don Pío sea la de concebir la escritura como una forma de vida: pensarla como un lugar donde se trasiega un montón de preguntas sin perder nunca el hilo rojo del yo y de la verdad íntima. «Puede –concluye– que la capacidad de transmitirnos una pocas certezas emocionales sea lo que más nos gusta del Baroja que vuelve...» ©

